

Ettore De Zuani.

Caracteres de la Nueva Literatura Italiana (1)

Debo confesar que me dirijo a Uds., señoras y señores, con la más viva emoción. Quisiera entrar de inmediato en la parte viva del argumento que me propongo desarrollar; pero, algo más fuerte que mi deseo, me obliga a escuchar no tan sólo la voz de la mente y del estudio, sino también la voz del corazón. Yo no estoy aquí para hablaros únicamente de las condiciones y de la suerte de las letras italianas de hoy, sino también, para tratar de acercarme espiritualmente a vosotros, para escuchar antes que para ser escuchado, para crear esa cálida atmósfera de simpatía y cordialidad sin la cual es vano todo estudio y árida toda disciplina.

Desde los tiempos más antiguos, el estudio de las letras ha sido llamado humano, precisamente porque siempre debe despertar altos intereses humanos y no solamente eruditas curiosidades intelectuales. El arte es elevación; el arte aspira a una belleza superior, pero en esta belleza están siempre comprendidos los más puros valores del espíritu.

Ahora, yo me encuentro aquí en una condición particularmente favorable porque hablo a vosotros, chilenos, latinos, de una civilización y de una cultura exquisitamente latina; podemos comprendernos, podemos mirarnos francamente; nuestro arte italiano ha de encontrar una profunda repercusión en vuestros corazones, porque el lenguaje expresivo es casi igual, sobre todo porque el lenguaje artístico es noble y com-

(1) Conferencia dada el día 9 de Junio de 1933, al iniciar su curso de Cultura Italiana en el Instituto Pedagógico.

pleja armonía en la que no entra solamente el juego de las palabras; y los italianos podemos entender vuestro arte porque él arranca de la misma raíz latina.

Nosotros somos un pueblo joven que tiene tras de sí una larga tradición, una historia gloriosa de miles de años; vosotros también sois jóvenes, pero vuestras afinidades históricas y vuestros parentescos culturales se adentrán en la más calificada y antigua aristocracia de la estirpe latina; vosotros miráis valientemente vuestro futuro y creáis, día por día, vuestra nobilísima historia con la voluntad, la tenacidad y la energía propias de la juventud que tiene el corazón pleno de fe y de entusiasmo; aún puedo deciros que, en cierto sentido, vosotros podéis proceder más libres y expeditos. Creedme, en verdad, que la herencia de la historia no es solamente un orgullo y una gloria, sino algunas veces un peso, una responsabilidad, un deber; y es necesario de vez en cuando mirar valientemente a nosotros mismos, sólo a nosotros; olvidar, aunque sea por un momento las glorias antiguas, los monumentos, los arcos y las columnas, cerrar los oídos a la voz legendaria del pasado, sobre todo para evitar que el culto de la antigüedad se transforme en estéril adoración de cosas muertas, lejanas, en particular en estos tiempos que quieren ser de más acción que de contemplación.

Talvez por esta razón se ha llamado al nuestro el siglo de los jóvenes; este es el siglo de la gente que tiene fe ilimitada, que desprecia el miedo y ama el peligro, que prefiere lo imprevisto y la aventura al pacífico mañana de la propia comodidad. Se es joven así como se es fuerte, como se es evolutivo, como se es inteligente. La juventud no es solamente una etapa alegre y despreocupada de la vida, sino también una virtud que da frescura y agilidad a nuestras acciones, un modo de sentir y de pensar, una fuerza que rasga el velo denso y gris de la costumbre, una ansia vital que prefiere la fiebre y el tumulto de la pasión a la quietud enervante de quien sólo vejeta. Pasión quiere decir nobleza e intensidad de sentimientos y ambas palabras quieren decir juventud, sagrado clima espiritual que no solamente debe levantar caprichosas anarquías y románticas bravatas, sino una nueva conciencia de vida más intensa más tenaz, más heroica.

No debe por lo tanto encerrar una negación, sino una revalorización del espíritu; tanto más necesaria ahora cuanto que nos sentiríamos talvez perdidos si en estos tiempos de pro-

funda inquietud y de pura batalla por la vida, no nos hablaran los valores del espíritu, los únicos valores que pueden verdaderamente acercar a los pueblos y hacerlos comulgar en una superior simpatía ideal.

Otros creen, por el contrario, que nuestros tiempos son poco propicios para el desarrollo de una gran literatura. Las preocupaciones de la vida, dicen ellos, son demasiado materiales; los hombres de hoy están sumergidos en la prosa robusta de la vida para poder pensar en la poesía que es reposo y serenidad del alma; el problema de la existencia es sumamente dramático para que en nuestras fatigosas jornadas encuentre espacio ese feliz ocio intelectual que reanima y recrea. Pero contra el pesimismo de los incrédulos y los descontentos, nosotros creemos firmemente que también nuestro clima, como fueron por otra parte todas las épocas de ardua batalla de la historia, es realmente favorable a las nobles actividades del espíritu. El arte es tormento; es dolor, es fatiga, y las más grandes obras maestras han sido creadas entre el tumulto de fieras pasiones, en el desarrollo de durísimas luchas, en la inquietud de profundos contrastes morales y sociales. Dante creó su Divina Comedia en el período más interesante y dramático del trecentos italiano y se consoló con la poesía de las amarguras del exilio; Miguel Angel, Maquiavelo, Ariosto crearon las obras cumbres de nuestro Renacimiento en el más trágico siglo de nuestra vida nacional, cuando la Europa era batida a sangre y fuego; y al dolor de la prisión y del exilio, en tiempos por cierto no muy felices, surgieron de la fantasía de Camoens y de Cervantes las obras maestras de las Lusíadas y Don Quijote. Porque el arte enseña sobre todo a no desesperar nunca, enseña a creer y a vivir fuertemente, a celebrar y exaltar las más altas verdades de la vida.

Diré, aún más, que el arte sólo es grande cuando se vincula a la vida, cuando se nutre de ella para dar a sus formas poéticas un contenido de vibrante pasión humana. Poesía, aun en las intenciones de los antiguos pueblos griegos que fueron los primeros que usaron la palabra, no quiere decir solamente musicalidad, contemplación, claro de luna, amor y muerte, sino sobre todo creación, construcción de un mundo fantástico, épico, heroico, en el cual estén reflejados y sublimizados todos los aspectos de nuestra vida. Por esto el antiguo poeta no era solamente el amanerado inventor de gentiles y graciosas fábulas, sino también sacerdote, guerrero, ciu-

dadano y hombre; porque en el poeta, esto es en el creador, debían estar reunidas todas las más elevadas cualidades humanas.

Si ahora miramos los caracteres, las formas y el espíritu de la literatura italiana del presente, debemos franca y objetivamente reconocer que nuestra conciencia literaria nacional, desprendida ya de estériles ejercicios de sonidos poéticos y de situaciones convencionales, se ha identificado con la vida, vigilante y pronta a coger y a traducir en lenguaje poético todos los elementos más cálidos y humanos de nuestra existencia.

Ya Carducci, en las postrimerías del siglo pasado, había iniciado una nueva era para nuestra literatura; muerto el viejo literato, muerto el ocioso artífice de fantasmas imaginarios fuera del tumulto de la vida, el poeta llegaba a ser, según la definición del mismo Carducci, un gran artesano, un hombre vivo entre los hombres vivos, ligado a sus semejantes por profundos afectos y por efectivos sufrimientos, atento a la realidad como a la única fuente de la que podría surgir una gran poesía. En los tiempos de Carducci era una audacia afirmar esta necesidad de que el arte entrase plenamente en la vida; una audacia que llegó a parecer una rebelión, porque se pensaba que el hombre de letras nunca debía distraerse de su clausura intelectual y de puras especulaciones; pero han bastado poco más de treinta años para que la audacia, la rebelión carducciana se haya convertido en profunda verdad. Antes el poeta, como el filósofo, debía ser siempre un poco excéntrico, excepcional aún en sus costumbres morales, solitario y extravagante, encerrado en su torre de márfil poblada sólo por los fantasmas de sus sueños; había también un uniforme de poeta; descuidado en el vestir, cabellos largos, barba hirsuta, corbata flotante; el pueblo lo reconocía inmediatamente: ese es un poeta. El poeta tenía que ser pobre, habitar en una buhardilla, inspirarse mirando la luna, atormentarse por el amor, seguir las normas de aquella descabellada bohemia que era como una vasta cofradía de eternos desengaños, de monótonos cantores de un solo motivo: el amor y la muerte.

Hoy día esa bohemia está pasada de moda y no volverá: el poeta debe ser un ciudadano como los demás; detrás de la poesía queremos sentir la humanidad verdadera, común a todos, y no aquella falsa, artificiosa, inventada. Detrás del escritor queremos ver también al hombre. Carducci lo había comprendido bien, y por esto aun hoy día nosotros creemos

que el autor de las odas bárbaras ha sido el maestro de nuestra generación.

Pero el modernismo de Carducci fué el modernismo de un solitario; perseguía un ideal clásico que, para él, era fuerza, belleza, estremecimiento demasiado en desacuerdo con su tiempo; y por lo tanto cuando el poeta muere en Bolonia en 1907 aunque dejó una fervorosa admiración en todos aquellos que comprendían la potencia de su credo artístico, sólo una exigua falange de discípulos siguió su ruta poética.

Aparecía por ese entonces el nuevo astro dannunziano, la estética entusiasta de un nuevo preciosismo, el refinamiento suntuoso de las palabras y de los ritmos, lo pintoresco de las imágenes raras, el despliegue inaudito de los adjetivos, la belleza de un mundo clásico redivivo, no tanto en su fuerza concepcional, como lo había ideado Carducci, sino más bien en su belleza formal. La literatura italiana comenzaba a adquirir con Gabriel D'Annunzio una más vasta resonancia europea; el alma nuestra se agrandaba, pero al mismo tiempo se desvirtuaba, y el romanticismo italiano que había tenido orígenes tan simples y humanos en la primera mitad del ochocientos con Alejandro Manzoni, se dilataba poco a poco y se confundía con el romanticismo general europeo y con su face extrema que se llamó decadentismo. Exaltación de la vida, pero sólo de la vida excepcional; no ya el hombre simplemente, sino el superhombre; y una fiebre continua de experiencias cosmopolitas, un deseo ardiente de afrontar las más nuevas y audaces aventuras nos alejaba poco a poco de nuestras tradiciones nacionales.

Los primeros años del Novecientos están iluminados por la cálida y deslumbrante luz de la lírica dannunziana; en una época gris, de búsquedas afanosas, de obscuras pasiones, el canto de Gabriel D'Annunzio resonaba altísimo en el cielo de la patria, pero no lograba conmover, sólo embriagaba y aturdía. Existía tal vez en la literatura aquel mismo desacuerdo que sentíamos en toda nuestra vida nacional; testimonios estéticos muy sugestivos, más cerebrales que humanos; en el fuego de esa gran poesía, toda llena de áureos resplandores, nos sentíamos como cegados y aturdidos. Era una admiración ilimitada, pero tras la poesía nosotros veíamos al poeta, demasiado lejano, sentado sobre un trono inaccesible. Sólo más tarde, durante las gloriosas jornadas de la intervención y de la guerra, D'Annunzio bajó de su pedestal y entonces nos pare-

ció un hombre y se convirtió en un soldado, sintiéndolo nuestro verdadero compañero en la fe y en la batalla, encontramos en sus páginas los acentos de la verdadera emoción.

Pero, entre tanto, por otros caminos la literatura italiana buscaba y encontraba su verdadera expresión de raza; junto al estilo lujoso y refinado, hecho de palabras y de imágenes, de la nueva estética cosmopolita, que a algunos les daba la ilusión de haber encontrado los acentos más sublimes del arte, aparecía un estilo más simple y descarnado, hecho de cosas y de sentimientos, que continuaba una de las más bellas tradiciones nuestras, la tradición de Alejandro Manzoni. Manzoni con sus *Promessi Sposi* (Los Novios) fué el primero que, en pleno Ochocientos, hizo descender las pasiones, pasiones sencillas y verdaderas, no inventadas y fantásticas, de un mundo abstracto al mundo vivo de las obras humanas; fué el primero que introdujo al pueblo en el arte y al arte en medio del pueblo. Así entendió Manzoni nuestro romanticismo, así tradujo sus leyes al lenguaje de la literatura italiana; su finalidad perseguía fundir la vida con el arte, hacer del arte no sólo una experiencia académica, sino también un verdadero y propio instrumento de vida.

Entonces se habló de realismo y de verismo, pero en verdad se debió hablar solamente de arte vivo, de una concepción positiva y ética de la vida del arte.

Esta tradición manzoniana, como decía poco antes, fué continuada en plena y exuberante primavera dannunziana, por Giovanni Verga. D'Annunzio exaltaba el drama del superhombre, Verga narraba el drama de los hombres, la vida de los humildes y de los pobres, circundando la materia de sus cuentos y de sus novelas dentro de un breve cerco de campiña siciliana. A algunos les parecía que el mundo entero no era lo bastante grande y se afanaban por buscar en aventuras imposibles sus difíciles experiencias; Giovanni Verga encontraba todo su mundo artístico en una región, en una familia y aun buscaba el lenguaje del arte en los proverbios populares, en la ingenua sabiduría de los simples y los buenos. *Los Malavoglia* y *Maestro don Gesualdo* son las obras más verdaderas y más grandes de la moderna literatura italiana; dramas de las vidas de los pobres; pero de profundos afectos; visión objetiva de la realidad que al fondo tiene la fuerza de una religión; y el templo de esta religión es la casa, el hogar doméstico. Mucho se ha dicho de Joyce que con su *Ulises* ha hecho la no-

vela de las veinticuatro horas; en este caso *Los Malavoglia* es la novela de los cien metros cuadrados; todo un mundo, y cuán vasto, en el breve límite de un lugarejo grande como un patio.

Gabriel D'Annunzio tuvo bien pronto una legión espesa de secuaces e imitadores. Giovanni Verga permaneció por el contrario, o al menos aparece en su tiempo, como un solitario y un incomprendido. Pero en el fondo de la conciencia literaria italiana se venía preparando mientras tanto un movimiento de revisión intelectual y filosófico, que si por una parte podía parecer a los conservadores sólo algo antiretórico, antiacadémico, demasiado audaz y desprejuiciado, por otra era de sumo interés, sobre todo para los jóvenes ya que encendía por todas partes motivos de entusiasmo y acción. Durante mucho tiempo, decían los innovadores, la literatura italiana ha permanecido encerrada en las academias, en las escuelas, en las bibliotecas; pero esta razón no ha tenido popularidad; hay necesidad de volverla a traer a la vida, orientarla hacia formas concretas, simples y prácticas; iluminarla, difundirla con claridad absoluta de propósitos, palabras y obras.

Ahora quiero hablar del movimiento de la «Voce» (La Voz) de Florencia capitaneado por Giovanni Papini, y del Futurismo del cual fué y es aún alma el inquietísimo Marinetti.

Dos movimientos profundamente diversos por el espíritu que los animaba y por los fines que se proponían, pero que al principio aparentemente aparecieron como empeñados con igual intención en la misma batalla: intensificar el ritmo intelectual y práctico de la vida italiana. De una parte el grupo de la «Voce»: genial movimiento de ideas nuevas, de propósitos a veces precipitados, pero siempre entusiastas, de improvisaciones revolucionarias, de demolición furibunda de hombres, instituciones, ideas, a las que se inculpaba únicamente por ser del pasado, ya superadas, retóricas, etc. Por otro lado, el futurismo, la batalla plena.

Y aquí es necesario que nos entendamos y aclaremos tendencias y resultados, sobre todo porque el futurismo ha tenido demasiada resonancia universal para que se le pueda tratar así fugazmente. Se ha acusado al futurismo de querer destruirlo todo sin construir nada; se ha dicho que el futurismo quería sustituir el verdadero arte por una burda improvisación carnavalesca: se han reído de él y se le ha despreciado juzgándolo

nada más que como una asamblea de locos endiablados, capaces sólo de hacer reír y de divertir a las multitudes burguesas con sus tumultuosas representaciones de propaganda; se les ha llamado rebeldes y anárquicos, fuera de la ley en el arte y en la vida; y no se ha comprendido que aun en el futurismo más aparentemente absurdo, en el futurismo llevado a sus extremas consecuencias, se escondía en su fondo respetabilísimas cualidades morales y artísticas.

El futurismo no ha hecho en verdad otra cosa en la cultura italiana, que repetir y aplicar la máxima antigua: Dejad que los muertos sepulsen a los muertos. Los vivos ocupémosnos de cosas vivas.

Y ha declarado la guerra por lo tanto a las últimas fortalezas del clasicismo académico y preromántico en el que se encontraban empapadas entre nosotros, muchas escuelas y muchas cabezas. Guerra bastante necesaria sobre todo para difundir junto con el arte un nuevo amor por la energía y el arrojo, y para superar y vencer los vicios del culteranismo académico y burgués: la separación neta y absurda entre el estudio y la vida, entre la teoría y la práctica, la gravedad orgullosa y anémica de los llamados literatos puros, la estética de la torre de márfil que considera la vida común como una despreciable tierra a la que el superhombre desciende de vez en cuando a divertirse como un dios porque cree que en ella todo le está permitido.

Esta ha sido la función práctica del futurismo, tal vez preferentemente negativa, pero igualmente fecunda, aunque sea por vías indirectas, en resultados positivos.

Imaginaos un temporal en pleno verano: el aire caliginoso corta la respiración; entorpece los movimientos; se vive como bajo el peso de una capa de plomo; todo está quieto, adormecido en una modorra meridiana. Pero de improviso suena un trueno, brilla un relámpago; en el cielo cegador, de un azul metálico, se apelotonan las nubes y poco después desciende la lluvia benéfica, reanimadora, que renueva y purifica el aire. Ráfagas de viento, rayos, hervidero de aguas torrenciosas; pero en tanto la vida retorna y algo nuevo, una liviana sensación de frescura ha quedado en el aire cuando vuelve la serenidad. Pero ¡ay de nosotros! si la tormenta se prolongase. Entonces sería el diluvio. Este ha sido el futurismo en nuestra literatura: una tempestad providencial que ha ve-

nido a refrescar la siesta retórica y letárgica de nuestra vida intelectual.

Luego que ha vuelto el buen tiempo, cada uno ha reanudado su camino; pero las enseñanzas del futurismo no han sido pocas ni de escasa importancia; y tenemos el deber de reconocerlas porque sería muy cómodo y fácil desconocer en total la prédica futurista.

Marinetti que quería incendiar las bibliotecas y demoler los monumentos no ha hecho ni una cosa ni la otra; por el contrario ha ingresado a la Real Academia de Italia y se siente muy bien en ella. Es cierto que como justificación de su fe anti-académica ha dicho: «No ha sido el futurismo el que se ha hecho académico; ha sido la academia la que se ha convertido al futurismo».

Como quiera que hayan sucedido las cosas, la verdad es que del movimiento de la «Voce» y del Futurismo, salió la generación que ha hecho la guerra, una generación preparada sobre todo para comprender los motivos idealistas de nuestra guerra, que no ha sido solamente el último episodio de nuestro resurgimiento, sino también el principio de una época nueva en la que se ha hecho una completa revisión de todos los valores políticos, éticos, artísticos y literarios de nuestra vida nacional.

Se comienza a comprender y se inicia una firme orientación. Lo que hoy día existe en Italia y que talvez no existía ayer, es un clima literario del cual hasta los menos sensibles comienzan a darse cuenta; nos comprendemos mejor, se tiene la impresión de vivir con más claridad, bajo un cielo más despejado; así como hay un carácter italiano, hay una fisonomía italiana también en la literatura como en la vida. Ciertas tendencias que al principio parecían vagas y genéricas ahora han adquirido su verdadera razón de ser; se ha encontrado quizá la verdadera tradición, se ha comprendido finalmente cual debe ser la verdadera función de la literatura en la vida moderna: interpretación de nuestro tiempo, espontaneidad, interés por las cosas, adherencia viva e inmediata a la realidad que nos circunda.

Antes existían diversos movimientos—clásicos, caduccianos, estetidannunzianos, poetas crepusculares, voceanos, veristas, futuristas—; ahora hay un sólo movimiento: se discute, se trabaja, se vive, se persigue que la literatura no sirva solamente a los literatos.

Parecerá extraño, sin embargo, después de lo que rápidamente he enunciado sobre los caracteres de nuestro renacimiento literario, que el centro de la vida cultural italiana sea precisamente una Academia, la Real Academia de Italia, ideada y fundada por Benito Mussolini en Octubre de 1929 y que es una de las principales obras de la nueva Italia.

La palabra Academia, por lo que siempre he oído decir de ella, me parece una palabra un tanto desprestigiada; casi sinónimo de vacuidad, y algo peor; conjunto de poetastros y figurones que —como dijo Ludovico Antonio Muratori, renovador de los estudios históricos y literarios en Italia,—desde el siglo Dieciocho se reunían solamente para tratar de grandes asuntos de amor.

Pero si en verdad es viejo el nombre, en cambio es nuevo el espíritu de la Academia de Italia; nacida entre el fervor de nuestro renacimiento intelectual tiene en este caso una más extensa comprensión y está más directamente ligada a las múltiples exigencias espirituales de nuestra época, más atenta a sus llamados, más apta para influir en la masa de la cultura media, más variada, adaptable y solícita en su acción. Su misión está claramente explicada en el decreto de su fundación: «La Academia de Italia tiene por fin promover y coordinar el movimiento intelectual italiano en el campo de las ciencias, las letras y las artes, conservar puro el carácter nacional, según el genio de la estirpe, y favorecer la expansión y la influencia más allá de los confines del Estado».

Misión, como se vé, de coordinación entre las instituciones y las actividades existentes y operantes; de propaganda y de tutela del espíritu nacional, de valorización del trabajo intelectual de la nación dentro y fuera de sus fronteras. No ya el mundo estrecho de investigaciones áridas, de doctos estudios, de memorias científicas reservadas solamente a los especialistas; sino una libre y abierta palestra de altos ingenios donde la vida y la cultura colaboran eficazmente juntas para enriquecer el patrimonio de la nación; teniendo presente que la cultura de una nación no es nacional por el hecho de que se reduzca a las cosas propias, lo que significaría una estrecha limitación, sino sobre todo por el espíritu que la anima.

Si la Academia, por lo tanto, en el vulgar significado de ayer, quería decir estanque de aguas muertas separado del mundo, vitrina de celebridad, pensionado de ancianos ilus-

tres, hoy significa una dinámica célula de vida en la vida intelectual italiana.

Nosotros no osamos afirmar que la Academia se haya vuelto futurista en verdad, como quería hacernos creer Marinetti, pero entendemos sin embargo que ya ha hecho su parábola el concepto del académico estéril y polvoriento, asomado flojamente a la ventana e incapaz de bajar a confundirse con el pueblo para hacer la historia antes que comentarla.

En la Academia de Italia entra hoy todo lo que representa un valor en la vida del espíritu; y no como muerto documento de archivo, sino como vivo instrumento de lucha; desde la música a las matemáticas, desde la filosofía a la arquitectura, desde la arqueología al futurismo; sin exclusiones; «solamente así, ha dicho Benito Mussolini, a quien tanto apasionan los problemas de la cultura, porque antes que Jefe del Estado ha sido escritor y periodista, solamente así puede agigantarse la labor de la Academia, especialmente si logra reunir todas las energías, las descubre, las disciplina, las eleva dignamente».

Entre los académicos he nombrado a Marinetti; no es mi intención en esta primera lección citaros demasiados nombres porque deseo más bien dar una mirada de conjunto al panorama de nuestra moderna vida literaria; pero para que podáis formaros una idea del espíritu y del carácter de la Academia de Italia, recordaré aquí a Luis Pirandello, Hugo Ojetti, Alfredo Panzini y Máximo Bontempelli que se cuentan ciertamente entre los valores más altos de nuestra literatura viva.

El nombre de Luis Pirandello pertenece ya a las letras universales pero su genio es típicamente nuestro, se encuentra ligado a aquella purísima tradición italiana que pide antes que todo hechos y no palabras, de la cual os he hablado hace poco a propósito de Giovanni Verga. Tras el escritor veréis siempre al hombre; en cada uno de sus dramas hay una profunda palpitación de vida y no solamente una agradable invención escénica; su mundo artístico es rico en pathos y vibrante de humanidad, y aun aquello que a primera vista puede parecer extravagante y paradójal fantasía estética, se convierte de improviso en pasión de vida; éste es precisamente el tormento de sus personajes, tormento verdadero y no ficticio; que hace que nos detengamos dudosos y pensativos delante de sus complejas creaciones y que nos arrebatara, casi sin

darnos cuenta, la posibilidad de distinguir luego lo que es ilusión artística de lo que es realidad. Su arte no es alegre, no es la suya literatura amena, no se puede leer a Pirandello para pasar el rato; el suyo es arte sacado de la profundidad del subconsciente, es una continua búsqueda obsesionante de lo que constituye la razón misma de la vida; en su estética dramática el artista busca siempre al hombre, y no sólo al hombre de excepción, sino al hombre verdadero, el hombre común al que todos nos parecemos.

Por esto el arte de Pirandello no puede envejecer; será siempre vivo y actual, porque siempre está pronto a identificarse con nuestras inquietudes espirituales y con nuestras pasiones; es el drama de la existencia, de ayer, de hoy, de siempre. Su arte no está ligado a las palabras o a la gracia particular de la expresión, tiene un lenguaje universal; se podría decir que la suya no es literatura, si por literatura entendemos el virtuosismo verbal y la perfección de la forma; pero sí poesía, poesía grande y desnuda, poesía que—repito—quiere decir creación.

He mencionado también a Hugo Ojetti que alguno ha definido como el príncipe de los periodistas italianos; espíritu activísimo, multiforme, dinámico animador de todos los problemas de la vida italiana; escritor que se divierte confundiendo todos los géneros literarios: prosista ingenioso y elegante, cuya obra debemos considerar siempre junto con su variada actividad de crítico de arte, de literato y de periodista. Sus páginas tienen tan viva frescura que con razón puede ser considerado hoy día, después de más de cuarenta años de actividad intelectual, como el más joven de los literatos italianos. Ojetti es también un académico antiacadémico, espíritu amplio, alerta, vigilante, capaz de comprender los movimientos más nuevos y audaces; espíritu empapado de una sutil y garbosa ironía que le da buen sentido y buen gusto y esa perfecta medida para juzgar y obrar, que es en verdad la exquisita armonía de los latinos. Una falsa manera literaria ha difundido en el extranjero la leyenda de un italiano retórico, enfático, bullanguero, tomado por los más inútiles y vacuos lirismos; para desmentirla bastaría con leer una sola página de Hugo Ojetti; entonces se vería como el italiano verdadero, el italiano de hoy es cauto, medido, equilibrado. Porque hay necesidad de tener presente, que solamente hoy, en una Italia nueva, consciente de su unidad y del sitio que ocupa en el mundo,

la literatura puede dar el sentido exacto del carácter y de las cualidades morales de nuestro pueblo.

Y con Ojetti, Alfredo Panzini. Insisto en la generación que por edad y experiencia podríamos llamar pasada, y que por el contrario está con nosotros porque ha comprendido y seguido a los jóvenes. Alfredo Panzini, que partiera un día en busca del hombre, el hombre verdadero e ingenuo como aparece todavía a través de las atribulaciones de nuestra difícil existencia, se ha provisto de la legendaria linterna de Diógenes, tan grata a los filósofos griegos. Existe un Panzini poeta, y un Panzini moralista, pero sobre todo se destaca el escritor nobilísimo que traduce al arte todo lo que ve, con un lenguaje aparentemente simple y escueto, pero en el fondo rico de color y de musicalidad. Humorista, pero en su humorismo encontraréis siempre delicados acentos de humanidad; enamorado de todo lo que es bello y de todo lo que es bueno, estremecido de nostalgia por la poesía que hoy parece desaparecida del mundo; pero al mismo tiempo deseoso de conocer y de amar todo lo nuevo que la vida ha creado y crea día por día.

Si Marinetti representa en la Academia el futurismo, Máximo Bontempelli, a quien dentro de poco tendremos el placer de ver en Chile, representa la audacia de la nueva generación del Novecientos. Humorista, paradójal, polemista, es el intérprete más lleno de fantasía y más genial de nuestro tiempo. Si aparentemente su literatura aparece fría e indiferente, en el fondo es un lírico y un fervoroso; Bontempelli cree en el clima mágico del arte; interpretación de la vida, pero transportándola a una atmósfera ideal donde la realidad y el sueño, convirtiéndose en mito puro, en pura fantasía, se transforman en una verdad poética superior. Bontempelli ha llamado a su manera: el realismo mágico.

El discurso debería hacerse en este punto más prolijo y difuso; pero yo he querido solamente definir en rápida síntesis los caracteres esenciales de nuestras figuras más representativas, para precisaros cuál es hoy día la fisonomía de nuestra literatura. Si quisiera daros otros nombres, o tendría que hacer una árida enumeración o tendría que abusar de vuestra paciencia. Por esta vez no quiero hacer ni lo uno ni lo otro; he tratado de puntualizar cuál es el espíritu nuevo que anima hoy a nuestras letras, espíritu que huye igualmente de las superficialidades y de las improvisaciones y de las formas ce-

rradas y enmohecidas de los eruditos. Nosotros sentimos y amamos nuestra época y tratamos de interpretarla con todo nuestro amor y todo nuestro entusiasmo. «El novecientos — escribía recientemente uno de nuestros más jóvenes e inteligentes escritores, G. B. Angioletti,—tendrá su áurea poética semejante a aquella del Trescientos, de nuevo estilo. Esto es: serán reconquistadas con la delicadeza y la gracia de la forma, una profunda seriedad de afectos y pasiones, una clara, armoniosa simpatía por las bellezas naturales y, en fin, una inteligente libertad para la fantasía».

Claridad, comprensión, poca retórica, nada de palabras obscuras. Lo que nosotros no entendemos ahora es el llamado literato puro, el poeta todo sensibilidad, el exquisito sentimental que se aparta y se crea su vida porque no puede comprender la vida de los demás, la vida de todos; el poeta, el artista es antes que nada hombre y ciudadano; y si la vida es dura, si la vida es batalla, él debe estar junto a los otros ciudadanos en la línea de combate; el artista incomprendido ya no existe; el mundo está hoy día abierto y a plena luz para todos, sólo quien no puede o no tiene nada que decir, se queda en la sombra, incomprendido. El artista, en suma, y especialmente el literato que tiene a su disposición el arma admirable y poderosa de la palabra, no debe permanecer lejos de la acción, debe entrar de lleno y con toda su fuerza y su fe en la vida de la nación y de la humanidad.